Año IV. Barcelona 14 de Marzo 1890. Núm. 144

La Campana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION, 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

ELEONORA DUSE

Con asombrosa intuición
penetra del corazón
los intrincados recodos.
La Duse da á su voz todos
los tonos de la pasión.

Ayuntamiento de Madrid

La Semana

Cuando se trata de cuestiones científicas ó de adelantos industriales de general interés para el continente, deploro que á España no se le dé en el concierto europeo más que un violón honorífico ó el bombo de la orquesta para que golpeemos en él —siempre Quijotes é incautos—en honor de nuestras orgullosas hermanas.

Pero si las naciones se reunen para formar alianzas bélicas ó se agrupan temerosas ante el difícil problema social, celebro que nuestra pequeñez nos permita oir el concierto desde el *paraiso*, que es la mansión de la felicidad, aunque sea el lugar destinado á la gente de poco pelo.

¿Se trata de la guerra europea?

Pues allá se las hayan Francia y Rusia por un lado, Alemania, Austria é Italia por otro, que España no tiene herencia en los Balkanes ni feudo alguno sobre los Vosgos.

¿Se trata de pactar con el socialismo?

Pues corran á Berlin para unirse á los representantes de la industria extractiva alemana, los mandatarios de la industria fabril de Francia y los procuradores de la industria comercial inglesa, porque el socialismo español aun tiene á medio cicatrizar el muñon resultante de la oportuna amputación de la *Mano negra*.

No hay mal que por bien no venga, dice el refrán.

Y lo que ocurre nos lo está demostrando.

Si fuera nuestro subsuelo tan rico en minas como en aquellos felices tiempos de las dominaciones griega, fenicia y cartaginesa, otro Guillermo II nos cantara.

Pero por fortuna—y hablando en términos gimnásticos—ha pasado la época de las *dominaciones* para dar lugar al período de las *planchas*.

No hay en España la exhorbitante población minera que es el fantasma de los gobiernos belga y alemán y la falta de ese contingente minero nos evita contingencias graves.

Alemania, el pais del kraussismo y de las minas en explotación,—es decir, el pais de los trabajos profundos,—ha invitado á las grandes potencias para que le ayuden á poner el cascabel al gato socialista.

El Emperador ha colgado la corona y el manto de sus mayores para ponerse la blusa y la gorra de sus mayores... enemigos, y si por ahora no desea más popularidad y manda pegar los rescriptos en las esquinas de Berlín ¿quién sabe si mañana, montado en un jaco, ó de pié sobre una carretela, pregonará él en persona sus reformas sociales, maravillosas, espléndidas y nunca vistas, como pudiera hacerlo el Doctor Dulcamara ó Juan Tachuelas sangrador?

Al socialismo de cátedra, que nació en las Universidades tudescas, ha sucedido el socialismo del trono, que dá sus primeros vagidos en el palacio imperial de Berlín.

Si el nieto del gran Guillermo se fijara en el prudente mutis que acaba de hacer un político como Bismarck, caería en la cuenta de que esos desplantes populacheros y alardes democráticos son de muy mal agüero para un monarca.

Luís XVI tomó del pueblo el gorro colorado y de allí á poco tiempo el pueblo le pidió la cabeza á cambio del gorro.

Nuestro Amadeo—de grata memoria—salía frescamente á la calle de americana y sombrero hongo y luego tuvo que salir un poco más de prisa y con cartera de viaje.

No digo yo que un monarca de ahora deba inspirarse en *El Príncipe* de Machiavelo, en la *Política de Dios* de Quevedo, ni en las obras de Fenelón y demás educadores de Delfines, *Konprinzes* y Príncipes de Asturias; pero tampoco debe aficionarse demasiado á la *Religión de la Humanidad* de Augusto Compte ni á los libros de Proudhom, Toyrrier, Owen, Saint Simón y Luis Blanc.

No sé que dirán las naciones extranjeras.

Pero, á juzgar por lo reacias y perezosas que se presentan, ninguna se decide á quemarse las uñas para sacarle las castañas del fuego al Emperador.

Los capitalistas, fabricantes y dueños de los talleres alemanes se muestran disgustados por las medidas imperiales.

Krupp, según dicen, es de los más resentidos.

Y esto no lo echará en saco roto el monarca germánico.

De sabios es mudar de consejo.

Y más vale un krupp en la mano que cien socialistas volando.

* * *

Si el valle de Josaphat no está en Cataluña, merece estarlo por dos razones.

Primero, porque ese nombre trasciende á catalán á dos leguas.

Y segundo, porque en esta tierra se presentan fenómenos de los que han de ocurrir en dicho valle cuando el cornetín del Juicio final toque la diana anunciada hace siglos.

El otro día (así lo aseguró *La Publicidad*) llevaban á enterrar á un presunto muerto, cuando éste, dando señales de vida, se levantó la tapa... del féretro y echó á correr más contento que unas Pascuas... de Resurrección.

No dice el periódico citado si el ataud en cuestión era de zinc ó de hierro galvanizado, pero aunque sea de madera curvada, el fabricante se ha acreditado de esta hecha y no va á dar abasto á las solicitudes que lloverán sobre él en demanda de esos féretros maravillosos.

Por supuesto, que en el pais de las irregularidades, filtraciones y demás *imbroglios* de la desmoralización administrativa, tal hecho no debería extrañarnos, aun cuando fuera cierto (que ahora resulta que no lo es).

Un individuo se alza de la caja.

¿Y qué?

Hay tantos empleados que se alzan con Caja y todo...

LUIS ROYO VILLANOVA.

Ayuntamiento de Madrid

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

DESDE CANARIAS

A mis amigas todas, gallardamente representadas en Rosa y Mercedes Gras Hernandez y Luisa Prats de Souza.

Rosa, Luisa y Mercedes: pues sois almas
que tantas palmas merecéis por bellas,
os escribo á las tres desde las *Palmas*.
Diréis que quiero que murais con ellas;
mas, lo que quiero es veros inmortales,
aunque viera, en vosotras, las estrellas;
porque á ellas sois en hermosura iguales:
en cuanto á lo demás... no tengais prisa,
que no habeis de quedar para vestales.
Jovial Mercedes, adorable Luisa,
encantadora Rosa: ya de España
sabemos sólo por la amable brisa,
que á babor y á estribor nos acompaña,
desde que abandonamos las arenas
que el viejo mar Mediterráneo baña.
Brisa que fué creciendo...

—

A duras penas
cruzó el Estrecho, con andar de ciego,
el barco, que inclinaba las entenas,
cuando las aguas, que con gran sosiego
corrieron hasta allí, de un solo bote
se nos subieron á las barbas luego.
Las del Moisés que va en mi camarote,
quedaron anegadas; yo, mohino,
poner quise en remojo mi bigote,
porque «cuando las barbas del vecino»...
¡Gato escaldado, huí de la toldilla,
pero dando traspiés, *como con-vino*...
¿Quién de mi fuga se rió? ¿Luisilla?...
¡Pues sepa la maldita que no es cierto
que me dejé escapar la maravilla!
De popa á proa andaba, descubierto,
desnudo el pensamiento, á los rugidos
de la inmortal Naturaleza abierto.
Del espasmo febril de mis sentidos
sabrá tan solo quien borrachos sienta,
de música y de luz, ojos y oidos...
Boca abierta á la ráfaga violenta,
en el pulmón hinchado retenía
el aire abrasador de la tormenta.
Sumido así en letal melancolía...
¡bebí el aliento de la racha sorda
y me harté de color y de armonía!

—

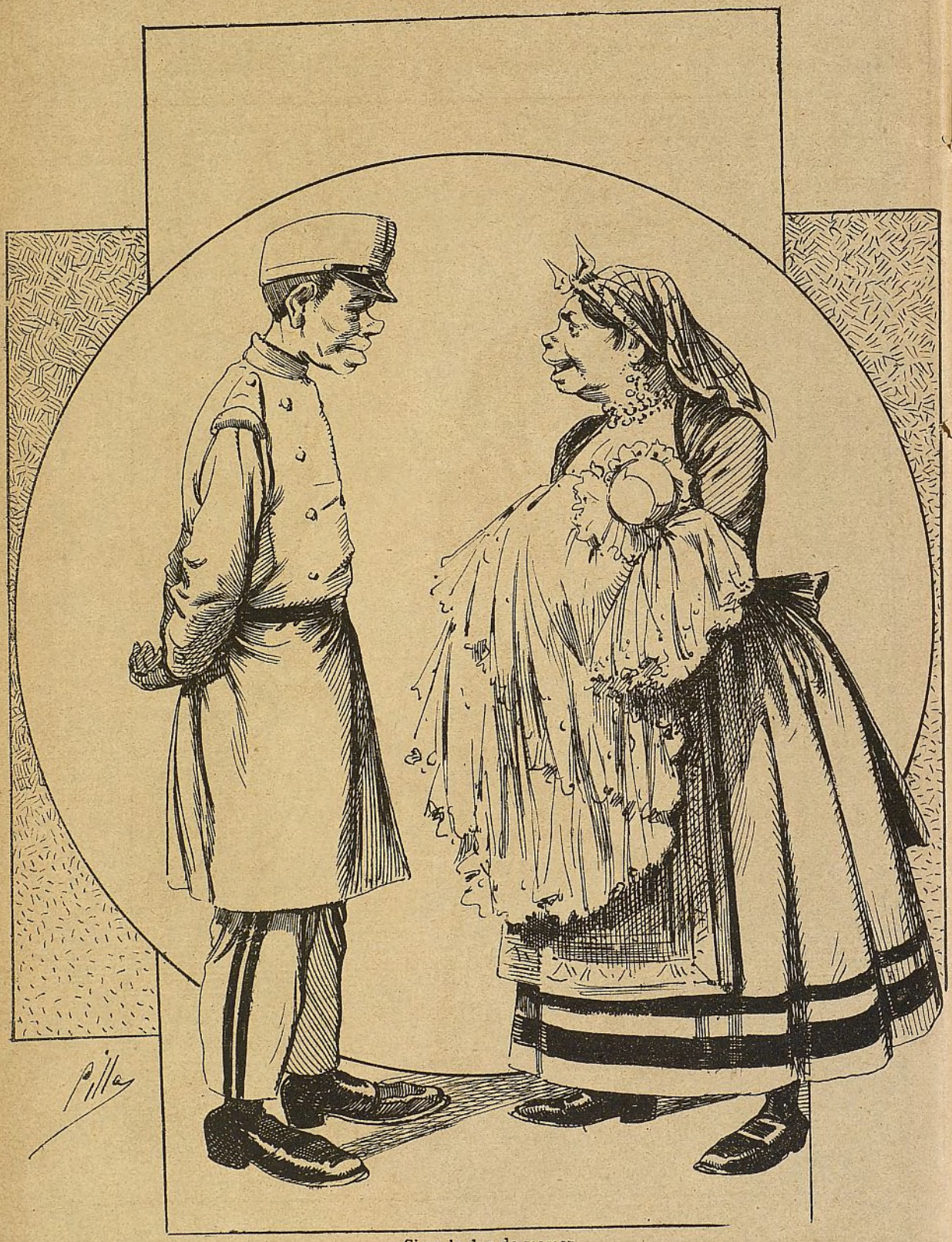
¡Cuan distinta del mar, que se desborda,
se vió luego esta líquida explanada,
que una ola apenas espumeante borda!
Lentamente, cesó la marejada
y, en el círculo azul que nos encierra,
volvió á correr la brisa embalsamada,
que trascendía á flores de la sierra...
¡ya sabeis que me muero por las flores,
capullitos de rosa de mi tierra!
Volvieron, como el sol con sus albores,
á poblar el inmenso circuito
las tardes con sus húmedos vapores.
Siempre es bello el crepúsculo bendito,
pero, en el mar ¡es la oración divina,
es la oración mental de lo infinito!
Palidece la esfera cristalina,
chasquea el mar, en su inquietud perenne,
con murmullo más triste... el sol declina...
brilla, á su fuego, el horizonte indemne,
¡y entre un segmento circular de rosa,
se ve el naufragio de la luz, solemne!
Sube la luna á tientas, temerosa...
Como el ronquido de un aliento humano
da solo el mar, que lánguido reposa,
y, por la soledad del Occeano,
sigue el buque, con golpe monotono,
apartando fantasmas con la mano...
En esa hora de paz, desaprisiono
y, en las profundidades de los cielos,
á mis pálidos sueños abandono:
corren hácia vosotras mis anhelos
¡y firmes, cual Jesús, sobre los mares,
aun os veo agitar vuestros pañuelos!
Vuelvo la vista á mis sagrados lares
y os quisiera llevar, porque allí faltan
tres vírgenes, las tres, de sus altares...
¡Vuestras dulces imágenes esmaltan
las niñas de estos ojos, en que trato
de contener las lágrimas que saltan!
¡Lindo es, como vosotras, el retrato
de aquella que, detrás de su hermosura,
guarda de un tigre el corazón ingrato!
Trigueña y chica y llena de dulzura,
¡quién no diría, que la vió tan bella,
que era tambien, como vosotras, pura!
Pero... ¡este corazón, que se querella!
Se me va yendo, al fin de la jornada,
el santo al cielo, el pensamiento á *ella*...
Mas estamos en tierra *afortunada*
y convida á bañarse la bahia...
con que ¡penitas á la mar salada!

—

Entramos hoy, al despuntar el dia,
en esta, que es de España á Puerto-Rico,
la primera estación del medio-dia.
Y hace aquí ya gran falta el abanico,
á pesar de las nieves que coronan
de Santa Cruz el eminente pico.
Fértiles islas cual la nuestra, abonan
su propio nombre; pero, de estas peñas
el aspecto y el nombre desentonan...
Afortunadas son nuestras risueñas
colinas verdes; mas, aquí, aceptable
no he visto nada más que las isleñas.
Yo no soy *Fray-Candil*, y es muy probable
que esté aquí la hermosura tierra adentro,
cual la perla en el fondo impenetrable.
Cuanto vale, en el mundo, está en su centro...
¡y yo, viendo á estas chicas, en el mío,
en el cual me repliego y me concentro!
Ricas de gracia y pobres de atavío,
bajo del talle, en que el corsé no encaja,

Ayuntamiento de Madrid

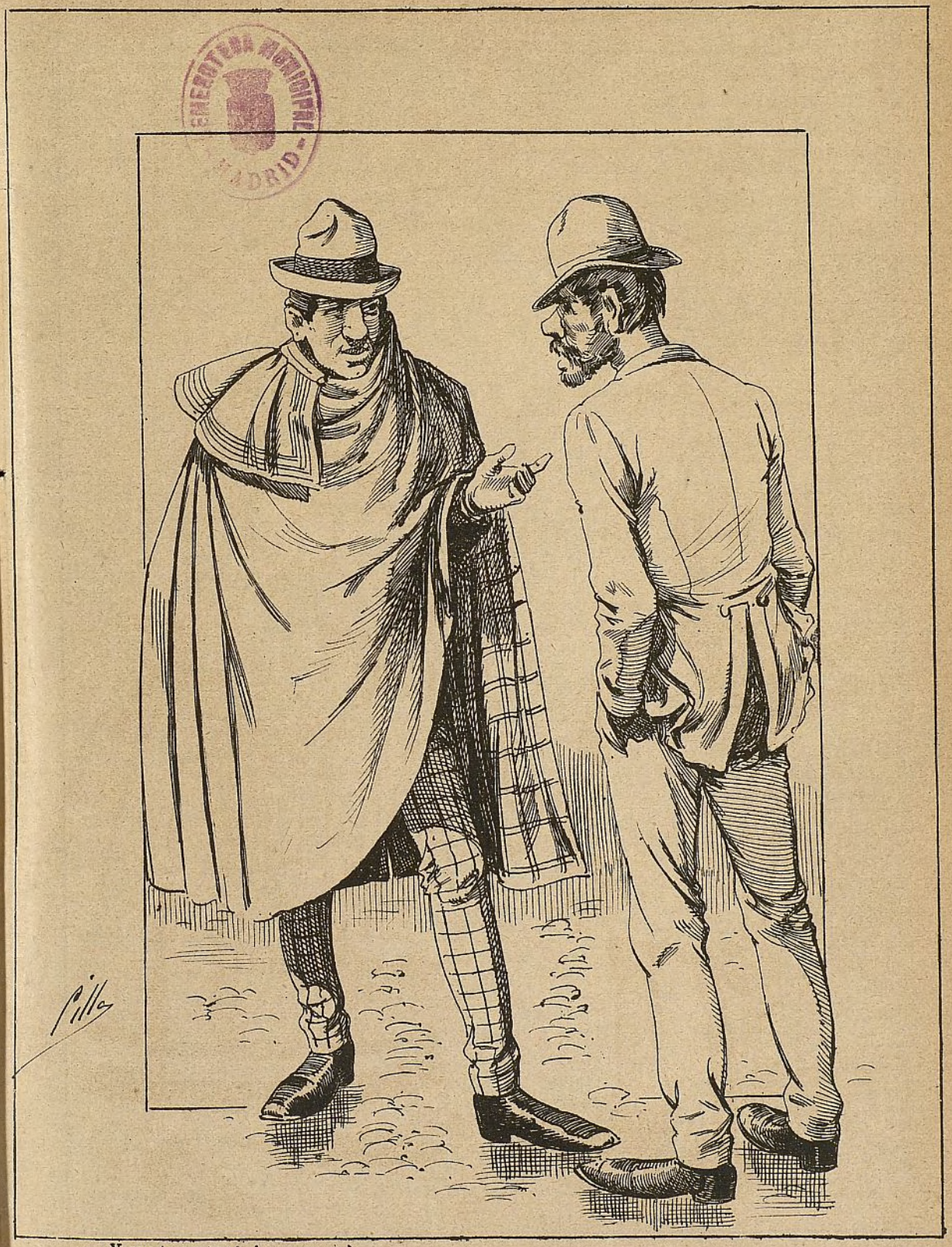
EL SEXTO, ENVIDIA, POR CILLA,



—Si no le doy de mamar
llora el pobre sin cesar;
y quien no llora no mama...
– No diga Vd. eso, ama,
¡porque me pongo á llorar!

Ayuntamiento de Madrid

CUESTIÓN PELIAGUDA, POR CILLA



—¿Y que te contestó el empresario?

—Que no me contrataba porque soy hombre de poco pelo. Ya ves tu: cuando, además del mio, tengo *bigote*, soy *barba*, y el sueldo me vendría de *perilla*. ¡Te digo que le eché una *peluca*!...

Ayuntamiento de Madrid

suple el donaire al opulento avío.
De las mozas del pueblo, la más maja
libra del sol canicular su frente
con velo blanco ó sombrerín de paja.
Y tienen todas, en el seno ardiente
y en la pupila llameante y honda,
un poco del Sahara, que está en frente.
La raza es vuestra; aunque su cuna esconda...
¡se la descubre en la genial sonrisa,
los dulces ojos ó la trenza blonda!

—

Jovial Mercedes, adorable Luisa,
encantadora Rosa: ya hácia España
vuelve sus alas húmedas la brisa;
mas, caballero en ellas, la acompaña
mi noble afecto á vuestro hogar, el mismo
que os dibuja en los cielos y me engaña...
¡Adios! ¡adios! en medio del abismo,
yo seguiré soñando mis pesares,
presa de mi eternal sonambulismo...
¡Allá os espero en los nativos lares!
¡aun me dura el magnífico espejismo!
¡aún os veo, de pié sobre los mares!...

JOSÉ DE DIEGO.

¡YA SÉ LEER!

A mi distinguido amigo y compañero José Fernandez de la Reguera.

I.

Justo es, mi muy respetado lector, que nos dejes á los obreros de la pluma alardear de nuestras cosas íntimas y hacer cuento é historia de nuestra realidad; esto es, de la vida privada nuestra; sin que achaques este gusto á vanagloria, ni lo aprecies como abusiva franqueza. ¡Si vieras que gozo el mio!...

Ello ocurrió de este modo. Érase un dia de cielo nublado; muy de mañana, hube de levantarme á trabajar, soplándome las manos para calentármelas con el aliento, y batiendo mis helados piés contra el suelo para desentumecerlos.

Cargada de diccionarios la mesa, emprendí la pesadísima labor de examinar una traducción de cuya limpieza ó buena policía estaba encargado, tarea monótona y enojosa, siempre igual; hace largas las horas y la faena no se acaba nunca.

¡Qué blanca sábana de escarcha cubría la tierra! Mi lámpara se apagó al primer soplo y con la luz artificial se fueron las ideas indecisas y fantásticas de la noche, hijas del sueño; la claridad grisácea del día penetró haciendo palidecer al papel y prestando más negros caracteres á las letras de mi escrito; llegaban pensamientos más reales, más ordenados, pero más frios y tristes.

Los braceros con sus raidos chaquetones al hombro, sus grandes zapatos embarrados, los serones, las palas y los picos, pasaban hácia el trabajo de un camino; iban, sin duda, silenciosos y ateridos; los ví por los cristales del balcón. ¡Como todos los días!

Luego fueron ocurriendo las menudas cosas que todos los días ocurren, hasta que las campanas de la catedral, y con ellas las de las torres de otras iglesias, dan la hora de las doce.

A esta hora me sentí fatigado, con un cansancio profundo, y con un vivo y desordenado deseo de novedades... ¿Dónde buscarlas? ¿Y cuales buscar que no pusiesen mi ánimo en grave riesgo de hacerle perder su reposada y metódica constancia y serenidad para el trabajo?

—¡Oh, Dios mío, Dios mío,—me decía—dadme un momentáneo entusiasmo! El alma prisionera en esta cárcel del cráneo, y el corazon sujeto á esta jaula del tórax, necesitan extremecerse y aletear

En esto (perdona, lector, repito, que te hable de mis cosas; si no te agradaren vuelve la hoja), en esto, digo, todos mis chicuelos invadieron el cuarto..... Venian á darme la suelta sin duda.....

—¡Papá, Enriquetita sabe leer! esclamó una de mis pequeñuelas.

—Sabe deder..... añadió mi niño.

—Si, ya lee..... apuntó otra niña.

Y luego todos á la vez, gritando, locos, exaltados, gozosos, en bullicioso coro, repetian su exclamación, por varios modos ó grados de claridad, desde el balbuceo del pequeñuelo de dos años hasta la bien expresada palabra de la parlanchina de seis.

Entonces, la heroina, objeto de la aclamación, cogió el primer libro que halló á mano.

¡Perdona, lector! Era un libro mío, un libro de cuentos, que amo por lo muy sentido que fué en mi alma; libro más bien de padre que de escritor, libro íntimo, lleno de ingenuidades *caseras* y formado de trabajos que remediaron necesidades más que estimularon esperanzas.....

La niña se sorprendió al leer un nombre para ella tan querido, y un título que daba gratas promesas á su fantasía infantil.

A cada cual le llega su poquito de gloria, Dios me valga; tuve la mia, sencilla, poco ruidosa; pero inefable. No fué el chasquido extrepitoso del aplauso, ni el elogio crítico, tan dudoso; fué un lector que, letra por letra, vehemente, atento y regocijado, interpretaba el signo gráfico, traduciéndole en sílabas y palabras, para mí armoniosas como notas de una música nunca oida.

—¡Qué bonito! esclamó la niña suspirando; y apartándose después á uno y otro lado sus blondos rizos, me miró maravillada.

¡Leido por mis hijos! ¿Para qué quiero más?

¡Ah! pero frente por frente tenía el diabólico busto de un viejo burlón. Me parecía que acababan de salir aquella malévola risa, aquella cabeza robusta, del fondo de un sepulcro.

Era Voltaire, para el cual hubieran resultado inbéciles Perrault, Sterne y Anderssen. Entonces puse mano á otro librejo, que llevaba mi nombre, y librando el tomito que digo de la anhelante curiosidad

Ayuntamiento de Madrid

de mi hija, que por ser mío el tal librejo quería ella leerlo, esclamé:

—¡Bah! esto no se ha escrito para vosotros, no.

Y añadí marcando un desprecio profundo en la entonación y el acento de mi voz:

—Le escribí, para el borrico del *Panadero*.

Cuando mi hija salió de mi taller, lector querido, lloraba yo en silencio por el recuerdo de uno de los mayores martirios de mi vida, el de haber escrito «alegrías» en vez de ternezas. La pequeñuela me había dado una profunda lección de estética.

La moral más pura, es la más pura belleza.

Quedé avergonzado y convencido.

JOSÉ ZAHONERO.

EL CANTO DE UNA MONEDA

I

Visitaba un hospital
de locos Napoleón,
lamentándose del mal
del que pierde la razón.
—¡Pobre gente!—murmuraba—
¿Qué es el hombre en ese estado
en que el pensamiento acaba,
más que un bruto desdichado?
Ni memoria del ayer,
ni en el porvenir ventura,
ni deleite en el placer
ni dolor en la tortura...
¡La nada por triste suerte!
La nada en que vive el loco
sin conocer que la muerte
se le acerca poco á poco...
Gran fortaleza es la mía...
mas tan fiera situación
¡me impone tanto!... Daría
el alma por la razón...
No escape de mi memoria
el recuerdo del pasado....
¡Con el sabor de mi gloria
seré siempre afortunado!
¿Se va el juicio?.... Nada queda,
con tristeza repitió,
y, sacando una moneda,
el héroe la colocó
por el canto, entre su frente,
que hasta el mismo Dios se alzaba,
y la de un pobre demente
que á su lado se encontraba...
Y—¡Solo el canto,—murmura—
de un pedazo de metal
es quien pone á mi cordura
tan lejos de este hospital!...
¡Una línea!—Poco á poco
de aquel sitio se alejó
el héroe, mientras el loco
burlándose de él quedó.

II

Desterrado en Santa Elena
el que á todos dió la ley
de su capricho, con pena
dice:—¡Hoy nada y antes rey!
¡Cómo cambia la ventura!
¿ya mis empresas qué son?
¡Brutalidades! ¡locura!...
Lo dicen... ¡Tienen razón!..
Pues si de lo que soñaba
esto solo es lo que queda...
¡á mí tambien me faltaba
el canto de la moneda!...

LUIS DE ANSORENA.

LA POESIA DEl PORVENIR

Y EL PORVENIR DE LA POESIA.

Tanto impera el egoismo,
sus leyes tanto se ajustan
á las leyes de una vida
de excepticismo y de usura,
que, en vano el génio poético
con raudo vuelo se encumbra,
luchando con la *materia*,
que al fin le vence en la lucha.
El amor al vil metal,
la clara razón ofusca
y al sentimiento del alma
escarnio el hombre tributa.
Pocos son los *escogidos*,
los *copleros* mucho abundan
y el deleitable concento
se trueca en prosáicas burlas
A la *fuente de Ganipe*
prefiere la indocta chusma
(presa del afán del medro
una fuente... *metalúrgica*.
No está el siglo para flores,
no está el mundo para músicas,
se hace encómio únicamente
de algún *Creso* que rebuzna.
De hambre mueren los ingenios
que prostituir rehusan
lo *ideal* á la exigencia
del *comercio* y de la *industria*.
Con tales antecedentes
que su gloria dificultan,
es muy triste porvenir
el porvenir de las Musas.
Progresamos, no lo niego:
la electricidad alumbra;
el telégrafo nos habla
y el vapor los mares cruza.
Torres de hierro colado
las altas nubes insultan,
haciendo que el rayo indómito
dócil á sus pies sucumba.
Mas ¡ay! ¿qué importa? ¿qué importa
tanto *invento* que me asusta,
si agoniza la *poesía*
y el *alma* se queda á oscuras?
De las hermanas de Apolo
presiento la suerte dura
en los tiempos venideros,
sin que les valgan disculpas.
A la trágica *Melpómene*,
como si fuera lechuza,
la harán Musa de epitáfios
para adorno de las tumbas.
«*Yace aquí D. Celedonio*
«*Zurriago de las Trifulgas*,
«*hombre de eminentes dotes*,
«*comerciante en aceitunas*.
A la cómica *Talía*,
—siendo una comedia chusca
la política,—la harán

Ayuntamiento de Madrid

CARNE DE TEATRO, POR PONS.

—Las formas, sobre todo las formas son incomparables.
—¡Si piensa V. ganarse mi voluntad elogiando mis sentimientos más delicados!...

...y te advierto que tiene la mala costumbre de roncar muy fuerte.

—¡Ay, hija, estás hecha! Parece mentira. A tu edad era yo una pura brasa, aunque me este miel decirlo.
—¿Qué? ¿lo de pura?

¡Olé, ya, por las hembras españolas que se entienden y bailan ellas solas!

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

Ayuntamiento de Madrid

Musa de la *cosa pública*.
«*Al ministro de Ultramar*
«*le ha salido una berruga*
«*en el occipucio. El médico*
«*su curación asegura.*»
Euterpe, la dulce Euterpe,
será Musa de las turbas,
que con cantos inarmónicos
armarán dó quiera bulla.
Y *Clío* la sentenciosa,
dejando de ser aguda,
pasará á ser pregonera
de ingredientes y cicutas:
«¡*Remedio contra la tísis*!
«¡*Jabon Chino de lechuga*!
«¡*Extracto de peregil*
«*con aceite de merluza*!
«*Panacea, premiada*
«*en la Esposición de Rusia*,
«¡*Ojo*! *buscad en los frascos*
«*del Doctor H. la rúbrica.*
Será *Terpsícore* entonces
del baile flamenco Musa
y musa de gacetillas
Polimnia, la siempre culta.
Erato, *Urania* y *Caliope*
cantarán con voz robusta
las hazañas de *Varela*
y los... cuernos de la luna.
Suplirá el verso á la prosa,
no se admitirán censuras,
será injusta toda crítica
y toda lección injusta.
Los más diestros rimadores
comercio harán con sus plumas,
ahogando por la materia
las emociones más puras.
Siendo el *idealismo* un crimen,
el *materialismo* nunca
alzará su torpe vuelo.
¡El vil polvo no se encumbra!
Este es de la *Poesía*
el *porvenir* que asegura
el reinado de poetillas
padres de coplas insulsas,
hasta que Apolo se canse
y con magestad augusta
les lance á poblar del Báratro
las recónditas zahurdas.

JOSÉ Mª. CODOLOSA.

EL HERRERO

El herrero era alto y robusto, el más alto y robusto del país, con los hombros nudosos, con el rostro y los brazos ennegrecidos por las llamas y el polvo de hierro de los martillos. En su cráneo redondo, bajo la espesa mata de sus cabellos, abríanse grandes ojos azules de niño, claros como el acero. Sus anchas quijadas se movían con risas estrepitosas, con ruido que zumbaba de un modo semejante á la respiración y á las alegrías gigantes de su fuelle; y cuando levantaba el brazo con gesto de poder satisfecho, —gesto que le había dado el hábito de trabajar en el yunque,— parecía llevar sus cincuenta años aun con más gallardía de la que demostraba en el manejo de la *señorita*, maza de veinticinco libras de peso, terrible maza que él sólo podía hacer bailar desde Vernon á Raun.

Viví un año en casa del herrero; un año de convalescencia. Había perdido mi corazón y mi cerebro, había ido en busca de mí mismo, en busca de un rincón donde recobrar la calma y trabajar, donde volver á encontrar mi virilidad. Entonces fué cuando, una tarde, en el campo, pasada la aldea, ví la fragua, aislada, llameante, plantada de través en la cruz de los Cuatro Caminos. El fulgor era tal que la puerta del patio, abierta de par en par, incendiaba la encrucijada, y que los álamos, colocados en fila á lo largo del arroyo, humeaban como antorchas. En medio del silencio del crepúsculo, la cadencia de los martillos resonaba á lo lejos, media legua á la redonda, como el galope cada vez más próximo de algún regimiento de hierro. Atraido por la claridad, por el estrépito, por la conmoción que producía aquella especie de tormenta, llegué á la fragua, entré, y me detuve, feliz, consolado ya, á la vista de aquel trabajo, de aquellas manos que torcían y aplastaban las barras rojas.

Fué la primera vez que ví al herrero. Forjaba la reja de un arado. Con la camisa abierta, al aire el rudo pecho, cuya armazón de metal bien templado se dibujaba vigorosamente al respirar, daba un paso hacia atrás, tomaba aliento y bajaba el martillo, todo sin detenerse. Con un balanceo rítmico y contínuo del cuerpo, por un esfuerzo insensato de los músculos, el martillo giraba en círculo regular, lanzando chispas, trazando á su paso un surco de fuego. Era la *señorita*, la formidable maza, manejada con ambas manos por el herrero, mientras que el hijo de éste, mozo de veinte años, sostenía en las puntas de las tenazas el hierro enrojecido, y lo batía con golpes sordos que ahogaban el baile estrepitoso de la terrible *hija* del viejo. Toc, toc, toc, toc; se hubiera creido que era la voz grave de una madre, alentando los primeros balbuceos de su hijo. La *señorita* valsaba siempre, soltando las lentejuelas de su manto, dejando impresos sus talones en la reja que mordía cada vez que saltaba sobre el yunque. Una llama sangrienta corría hasta la tierra, iluminando las siluetas de los dos obreros, cuyas sombras colosales se prolongaban hasta los ángulos sombríos é indecisos de la fragua. Poco á poco el incendio palideció, el herrero se detuvo, negro, de pié, apoyado en el mango del martillo, bañada la frente en sudor que no enjugaba. Yo oía su fuerte respiración, aun agitada, en medio de los resoplidos del fuelle que su hijo movía lentamente.

Pasé la noche en casa del herrero y dí por concluido el viaje. Tenía una habitación libre, en lo alto, encima de la fragua, que me ofreció y acepté. A las cinco de la mañana, antes de que el alba despuntase, todo entraba en movimiento; era como si la casa se riera hasta sus cimientos, con alegría enorme, que ya no cesaba hasta la noche. Debajo de mi habitación bailaban los martillos. Parecía que la *señorita* me arrojaba del lecho, dando golpes en el pavimento, llamándome holgazán. Todo el cuarto, con su gran armario, su mesa de madera blanca, sus dos sillas, crujía, me gritaba que me apresurase. Tenía que bajar á la fragua, ya en plena actividad. El fuelle resoplaba: llamas azules y rojizas subian del carbón, donde parecía brillar la redondez de un astro bajo el viento que ahondaba la brasa. Entre tanto, el herrero preparaba la tarea coti-

Ayuntamiento de Madrid

diana. Removía el hierro en los rincones, volvía los arados, examinaba las ruedas. Al verme, ponía-se los puños en los ijares y se echaba á reir, abriendo la boca hasta las orejas. Le divertía hacerme saltar del lecho á las cinco. Creo que por la mañana golpeaba por golpear, saludando al alba con el canto formidable de su martillo. Dejaba caer sus gruesas manos sobre mis hombros, inclinándose como si hablara á un niño, diciéndome que estaba mejor desde que vivía en medio de aquellos hierros; y todos los días bebiamos juntos el vino blanco, sentados sobre un viejo calesín volcado.

Con frecuencia pasaba el día entero en la fragua. Sobre todo durante el invierno, cuando llovía, no la abandonaba un momento. La lucha continua del herrero con el metal bruto que moldeaba á su antojo, me interesaba como drama conmovedor. Mis miradas seguían al hierro desde la hornilla al yunque y experimentaba continuas sorpresas, viéndole plegarse, extenderse, arrollarse, como blanda cera, bajo el esfuerzo victorioso del obrero. Cuando el arado estaba concluido, me arrodillaba delante de él; no reconocía ya el bosquejo informe de la víspera, y examinaba las piezas, imaginando que dedos soberanamente fuertes las habían trabajado sin el axilio del fuego. Muchas veces me sonreía recordando á una joven á quien en otro tiempo había visto, desde mi ventana, durante días enteros, torciendo con sus delicadas manos hilos de alambre, en los cuales fijaba, con ayuda de hebras de seda, violetas artificiales.

Nunca se quejaba el herrero. Le ví, después de haber batido el hierro por espacio de catorce horas, reirse por la noche con el buen humor de siempre, frotándose las manos con aire satisfecho. Nunca estaba triste, nunca fatigado. Habría sostenido la casa sobre sus hombros, si la casa hubiese vacilado. En el invierno, elogiaba el calor de la fragua. En el estío, abría la puerta de par en par, y dejaba que entrase el olor del heno. Cuando vino el verano, iba á sentarme, á la caida de la tarde, á su lado, junto á la puerta. Como antes he dicho, la fragua estaba de través con relación al camino y se veía desde ella el valle en toda su anchura. Me encantaba aquel inmenso tapiz de tierra labrada que se perdía en el horizonte á la hora del crepúsculo.

El herrero bromeaba á menudo. Decía que todas aquellas tierras le pertenecían, que la fragua, desde hacía cerca de doscientos años, proporcionaba arados al país. Este era su orgullo. Ninguna mies crecía sin él. Si la llanura estaba verde en Mayo y amarilla en Julio, le debía sus mudables galas.

Amaba las cosechas como si fuesen hijas suyas, extasiándose los dias de sol espléndido, amenazando con el puño á las nubes preñadas de granizos. Algunas veces me enseñaba con el dedo algún pedazo distante de tierra, que parecía menos ancha que la espalda de su chaleco, y me contaba en qué año había forjado un arado para su dueño. En la época de la siembra solía dejar sus martillos, salía á la orilla del camino, se colocaba la mano encima de los ojos, y miraba; miraba la familia numerosa de sus arados que mordian el suelo y trazaban surcos, enfrente, á la derecha, á la izquierda, por todas partes. El valle estaba inundado de ellos. Al ver desfilar los atalajes lentamente, se hubiese creido que eran regimientos en marcha. Las rejas de los arados brillaban al sol con reflejos argentinos. Y el herrero levantaba los brazos, me llamaba, me decía que viniese á ver la sagrada tarea que llevaba á cabo.

Todo aquel herraje resonante, en medio del cual vivía, saturaba mi sangre de partículas férreas. Esta me aprovechaba bastante más que las drogas de la botica. Me había habituado á aquel estrépito; tenía necesidad de oir la música de los martillos sobre el yunque para saber que no estaba muerto. En mi habitación, animada por los resoplidos del fuelle, había vuelto á encontrar mi pobre cabeza. Toc, toc, toc, toc. Era como el alegre péndulo que regulaba mi hora de trabajo. En lo más fuerte de la tarea, cuando el herrero se incomodaba, cuando yo oía crujir el hierro candente, bajo los saltos de los martillos endiablados, mis puños se agitaban con fiebre de gigante, y hubiese querido aplastar al mundo con mi pluma. Después, al callarse la fragua, se hacía silencio en mi cerebro; bajaba, y me avergonzaba de mi obra al contemplar aquel montón de hierro vencido y humeando todavía.

¡Ah! ¡Qué magnífico he visto al herrero en las ardorosas siestas del verano! Desnudo hasta la cintura, los músculos calientes y en tension, parecía una de esas figuras colosales de Miguel Angel, que se levantan haciendo un supremo esfuerzo. Mirándole, encontraba la línea escultural moderna que nuestros artistas buscan con tanto afán en las carnes muertas de Grecia. Se me aparecía como el héroe engrandecido del trabajo, como el hijo infatigable de este siglo, que bate sin cesar sobre el yunque el escalpelo de nuestro análisis, que forja al fuego, y con el hierro, la sociedad de mañana. Jugaba él con sus martillos. Cuando quería reir, cogía la *señorita* y la hacía bailar á todo vuelo. Entonces resonaba la tormenta en torno suyo, entre la jadeante respiración de la hornilla. Por mi parte, creía oir el suspiro del pueblo en el trabajo.

Allí, en la fragua, entre los arados, me curé para siempre de mi pereza y de mi duda.

EMILIO ZOLA.

EXAMENES

DE GRAMÁTICA

—Nominativo de *hombre*.
—*El hombre*.—Dígame V.: ¿y cuál es el genitivo?
—*Del hombre*, debe de ser.
—Y el dativo, ¿cuál será?
—Pues será *á ó para el hombre*.—¿Y el acusativo?
—*Al hombre*.—¡Bravo, muy bien! ¿Y el vocativo qué es?—*Hombre*.
—¿Y el ablativo?—*Mujer*.

DE ARITMÉTICA

—¿Uno y uno, cuántos hacen?

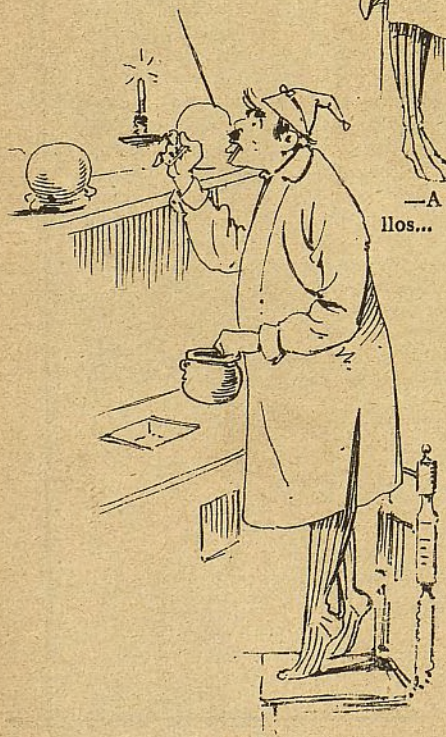
Ayuntamiento de Madrid

¡SI TENDRIA TALENTO! POR ESCALER

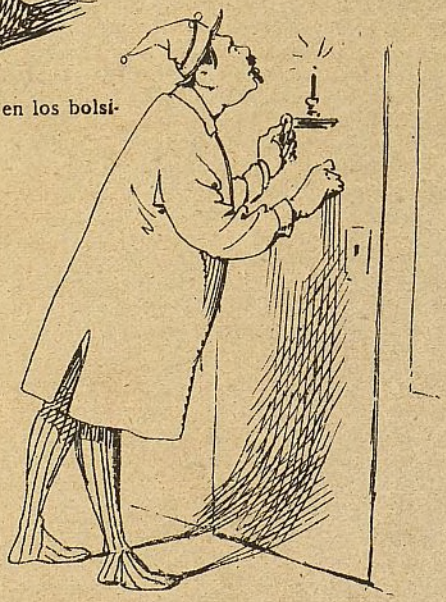
—Está visto, que si no echo el cuotidiano cigarrillo no duermo. Fumemos, pues...

—¡Cielos! ¡se me han acabado los fósforos! ¿Qué hacer?

—A ver, á ver si en los bolsillos...



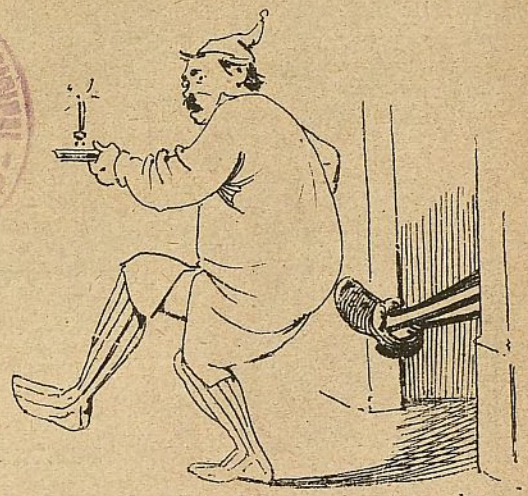
—Quizá en la cocina.



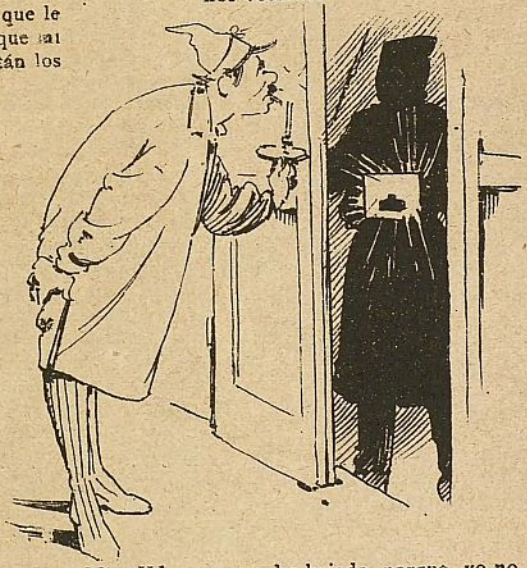
—Tiburcia, fámula mía: ¿sabes tú dónde están los fósforos?

Ayuntamiento de Madrid

—Vecino, dispense Vd. que le moleste, pero es el caso que mi criada no sabe donde están los fósforos y...

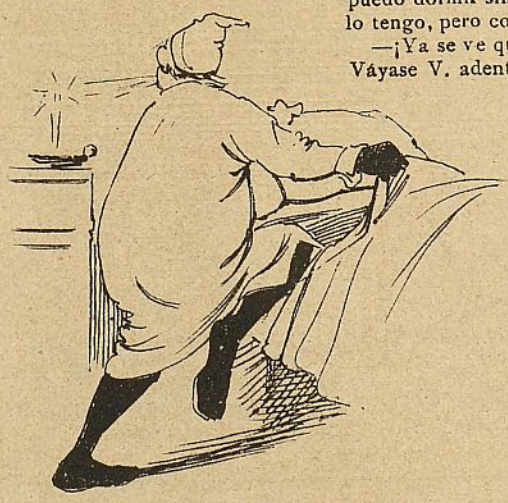


—¡Caramba! ¡qué manera de contestar tienen algunos vecinos!

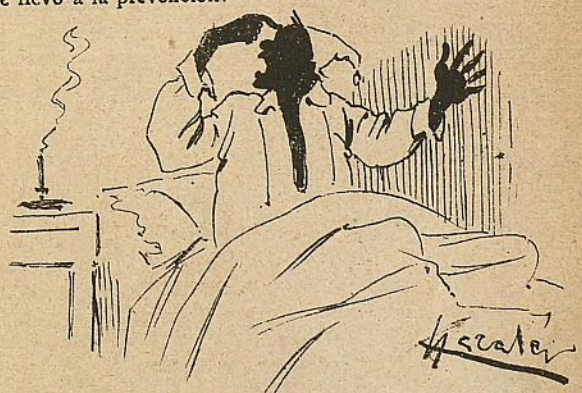


—Míre Vd., sereno: he bajado porque yo no puedo dormir sin fumar un cigarrito. Y el cigarro lo tengo, pero como me falta el fósforo...

—¡Ya se ve que al señorito le falta el fósforo! Váyase V. adentro ó le llevo á la prevención.



—Vaya, por lo visto hoy no fumo. Paciencia... y apagar.



Y una vez apagada la luz, se le ocurre á don Policarpio una idea sublime, prueba innegable de su perspicacia: ¡la de que hubiera podido encender el cigarro en la misma luz!

Ayuntamiento de Madrid

—Según y conforme.—¡Qué!
¡Hombre! hacen dos.-Si hacen dos,
¡tambien podrán hacer tres!

DE GEOMETRÍA

—¿Concibe V. una recta,
que sea curva á la vez?
—No, señor; no la concibo,
porque eso no puede ser.
—Y una curva rectilinea.
¿la concibe usted?—No, á fé.
—¿Y una horizontal con curvas?
—Esa... la concibo bien.

DE HISTORIA NATURAL

—¿Qué es el pato?—Un ave [acuática.
—Y su propiedad ¿cuál es?
—Que todo el que paga el pato,
paga el pato y no lo vé.
—Y patochadas ¿qué son?
¿sabrá esplicármelo usted?
—Barbaridades que á veces
suelen los patos hacer
con las patas.—Un ejemplo,
para comprenderlo bien.
—«Con sus patas, un pato
mató tres patas,
y otro pato le dijo:
«¡Qué patochada!»

DE ORTOGRAFÍA

—Hoy he escrito yo una carta;
exáminala, papá,
ymira la ortografía...
—A ver, á ver... ¡Mal, muy mal!
¿A quién has visto poner
hasta sin *h*?.—A mamá.

MANUEL MILLÁS

EL GRAN ESPÍRITU

El espíritu de asociación es un gran espíritu.

Una especie de espíritu de alta graduación.

Vean ustedes sino el respeto con que todos le nombran, aparentando deberle muchos beneficios.

Yo al principio dudé; pero desde hace un cuanto tiempo, hago coro á la mayoría de mis semejantes y digo con ellos: - El espíritu de asociación es el que nos salva en los tiempos que corremos.

Porque sino, díganme ustedes, ¿en que invertiría toda la exhuberancia de su actividad nuestra gente joven? ¿en pasearse por las afueras? ¿tomando unas copitas en las tabernas? ¿echando tal vez una horita de carambolas?...

El espíritu de asociación nos ha salvado de todos estos escollos.

Vean ustedes como.

Se reunen un día media docena de mozos y resuelven fundar una sociedad de índole recreativa.

Reunen entre todos como treinta duros y alquilan un piso, que decoran con muebles también alquilados, y con esto queda terminado el prólogo de la futura sociedad.

Los mas conspicuos de entre los reunidos se nombrán á si mismos junta directiva y sientan plaza de legisladores, redactando un reglamento, copia de los ya existentes para sociedades análogas.

Al saber que aquellos jóvenes proyectan *recrearse* otros, que andaban aburridos y desperdigados por esos mundos de Dios, corren á afiliarse bajo los pliegues de la nueva bandera, y aflojan la cuota correspondiente á la primera mensualidad, abrigando muchos de ellos la saludable esperanza de no soltar más una peseta, mientras la sociedad aquella exista.

El dia de la inauguración del local, es un dia solemne.

Dos ó tres dias antes, empiezan á correr por los mostradores de las tiendas de *varios géneros* y por los talleres de modista las papeletas de invitación.

Entre los dos sexos de las clases de medio pelo no se habla de otra cosa que del acontecimiento.

La inauguración de la sociedad recreativa *El pámpano de Adán*, se verá seguramente muy concurrida.

Los sócios andan desalados disparando invitaciones á cuantas mujeres de buen ver encuentran. Con los hombres no pueden ser tan generosos, porque el reglamento no permite la entrada de varones de *momio*.

La víspera de la fiesta, los salones de la sociedad hierven; ni el salón de conferencias en días de crisis está tan concurrido.

Los timbres eléctricos no cesan un instante de tocar; el presidente y casi toda la junta directiva, están en la secretaría escribiendo gacetillas para que las reproduzcan los periódicos; el pianista prueba y repueba el piano, arrancando del teclado galops, valses y cotillones, los simples sócios circulan por el local, enseñándolo á los que consideran sócios futuros; el conserge coloca sillas en el salon donde ha de verificarse la gran ceremonia; y el arrendatario del café, limpia y prepara todos los adminículos para el día siguiente, mientras sirve alguna que otra cerveza suelta á algún socio sediento ú obsequioso con el forastero que le acompaña.

. . . . . .

Desde el amanecer del gran día, la sociedad *El pámpano de Adan* adquiere la vida del día anterior, que cesa tan sólo un poco hácia la hora de comer.

Por la tarde vuelven los socios, toman café, echan una partidita de dominó ó unas cuantas carambolas, si ha habido dinero para alquilar mesas; y todos hablan de la fiesta que se prepara.

Cuando anochece, se encienden algunas luces.

Mientras no vengan *señoritas* no se completa la iluminación... puede uno divertirse y ser al mismo tiempo económico.

La economía no dura sin embargo mucho rato: la fiesta está anunciada para las ocho y media de la noche; pero hay familia que deseando tener buen sitio, se presenta antes de las siete.

Una comisión de *obsequios* la recibe en el bestíbulo, disputándose cada uno de sus miembros el honor de dar el brazo á las niñas... las mamás van detrás solitas, hasta el gran salón.

La concurrencia va aumentado y los pobres *obsequiosos* no saben como dar cumplimiento á todas las familias, hasta que se cansan de ir y venir, limitándose á acompañar á las por ellos mismos invitadas.

Ayuntamiento de Madrid

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

La *mesa* donde se recojen las invitaciones, entabla de vez en cuando alguna pelotera con individuos que pretenden colarse de mogollón, sin haber pagado la cuota del asociado. Al principio cede la *mesa* en su rigor y el intruso logra su avieso plan; pero la paciencia tiene sus límites y los últimos invitados por su bella cara, que se presentan, suelen volverse *corridos*, si es que está en su génio el *correrse*.

En estas y otras pasa el tiempo, hasta que el piano deja oir una sinfonía como la llama el pianista, que no logra aplacar el ruido que arma la gente acumulada en el salón.

La música cesa y un poeta *de afición* ocupa la tribuna y lee una composición *original*, cuya originalidad consiste en que nadie es capáz de hacer otra cosa semejantemente mala. El público aplaude cuando termina y espera con paciencia á que se cumpla el programa, como Castelar espera á que se plantee el sufragio; sentado y aburriéndose.

Los que prepararon la fiesta lo han previsto todo y quieren que haya variedad.

Las bellas artes se confunden y al poeta sucede una señorita, hija de un zapatero de portal, que canta en Italiano el ária del primer acto de «La zapatilla de Buda». El público aplaude otra vez y cantantes y poetas van desfilando ante su vista, para perderse en el olvido, como las gotas del agua... cuando llueve.

Por fin termina esta primera parte, y el presidente de *El Pámpano*, qus habia estado bostezando tras la mesa presidencial, abre la boca y dice poco más ó menos:

—«Terminada la velada literaria musical, habrá 15 minutos de descanso, celebrándose luego, en obsequio al bello sexo que nos ha honrado con su asistencia, un baile de sociedad.»

Esta vez si que resuenan con vigor los aplausos; los presidentes de sociedades recreativas en ofreciendo bailes llegan siempre al pináculo de la elocuencia.

El salon se alborota; los sócios salen de él llevándose á las niñas del brazo en dirección al café; las señoras de edad provecta, reunidas de dos en dos, siguen los pasos de sus pimpollas; se oye un estrépito de sillas; y el salón queda vacío.

Entonces entra el conserge y coloca junto á las paredes en doble hilera los asientos de paja que hasta entonces habian estado en medio de la sala.

Hay sócios de alma generosa y amiga de favorecer á sus semejantes, que ayudan al conserje en la piadosa tarea de proporcionar asientos á los que vendrán.

Las masas entretanto se divierten sin advertir los sacrificios que en su favor se están realizando.

Los individuos de las junta directiva se multiplican en estos momentos. Todo lo sacrifican en aras del que llaman su deber, y hasta alguno de ellos que ha traido á la fiesta á su familia para que le vea actuar de *directivo*, la abandona en el café á cada momento, con objeto de no perder de vista al conserje, que es capaz de ponerse en mangas de camisa para colocar las sillas más á sus anchas.

Al fin está todo corriente, y el pianista, obedeciendo ordenes presidenciales, manotea sobre el teclado dejando oir otra sinfonía.

Los que sirven en el café no se entienden para cobrar tanto chocolate y horchata que es lo que constituye las más de las consumaciones. Todos llaman á un tiempo, nadie quiere perder un compás del primer wals, y los jóvenes que van con pollas, ya del brazo de ellas y de pié, satisfacen el gasto dando una perra gorda de propina... en cambio de otros que han *consumado* sin bello sexo y se escurren bonitamente sin pagar.

El baile empieza y las parejas cruzan de un extremo á otro de la sala, dando vertiginosas vueltas, columpiándose, atropellándose, confundiéndose sonrientes y felices. Y así, concluye el vals y sigue el schotisch, la mazurka, el rigodón, la habanera.... la mar!

La fiesta termina á las primeras horas de la madrugada.

Los mozos acompañan á sus conocidas hasta los portales de sus casas; coméntase por el camino la esplendidez de la fiesta; terminánse y reiteranse los juramentos de amor; háblase *sotto voce* hasta de futuros casamientos.

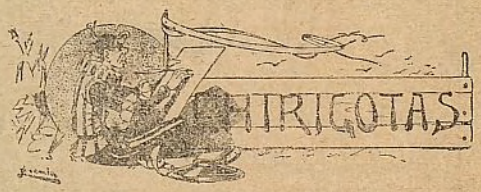
El resultado total es á la verdad muy pocos casorios, algunas pulmonías y bastantes desengaños para las modistillas de corazón sensible.

Pero se han divertido todos, eso si que lo juran y perjuran.

Y todo ¿merced á qué? Pues merced al tan calumniado espíritu de asociación, sin el cual no se hubiera fundado nunca «El pámpano de Adán» que tan buenos recuerdos ha dejado entre la gente que goza.

Y luego que hable nadie mal del tal espíritu y de su influencia en el bienestar general.

ADOLFO F. FERRANDO.



La empresa del teatro Romea nos ha remitido algunos ejemplares del folleto que, conteniendo el argumento del *Judas* de *Pitarra*, ha puesto á la venta.

Dichos argumentos, magnificamente ilustrados por Escaler, se hallan de venta en la contaduria y en la taquilla del teatro.

CORRESPONDENCIA

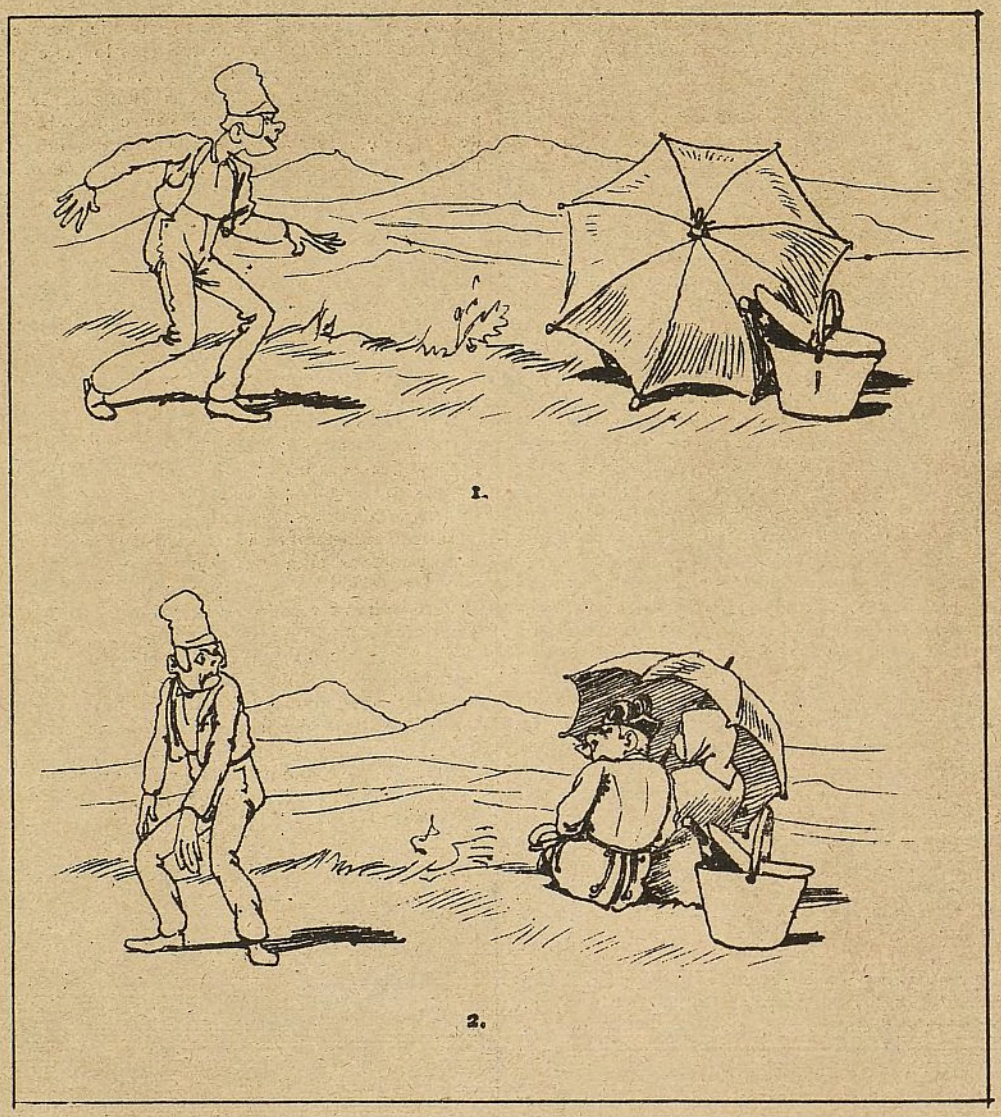
El exceso de material nos impide contestar á las cartas recibidas.

En el número próximo solventaremos esta deuda que hoy dejamos pendiente.

Imp. de Calzada é Hijo.—Arco del Teatro 9. (pasage).

Ayuntamiento de Madrid

UNA HUMORADA DE CAMPOAMOR, POR PONS.



1.

2.

LA SEMANA CÓMICA

VERTRALLANS, 3, 1.º

SON COLABORADORES DE ESTE PERIÓDICO LOS MAS CELEBRADOS ESCRITORES Y LOS MAS RENOMBRADOS DIBUJANTES

Precios de suscripción

Barcelona. . . . . 1'50 ptas. trimestre.
Provincias . . . . . 2'50 » »

EXPENDEDOR EN BARCELONA:
D. JUAN TASSO
Kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital

EXPENDEDOR EN MADRID:
D. JULIAN RODRIGUEZ
Kiosco de la Universidad Plaza de Santo Domingo

Ayuntamiento de Madrid